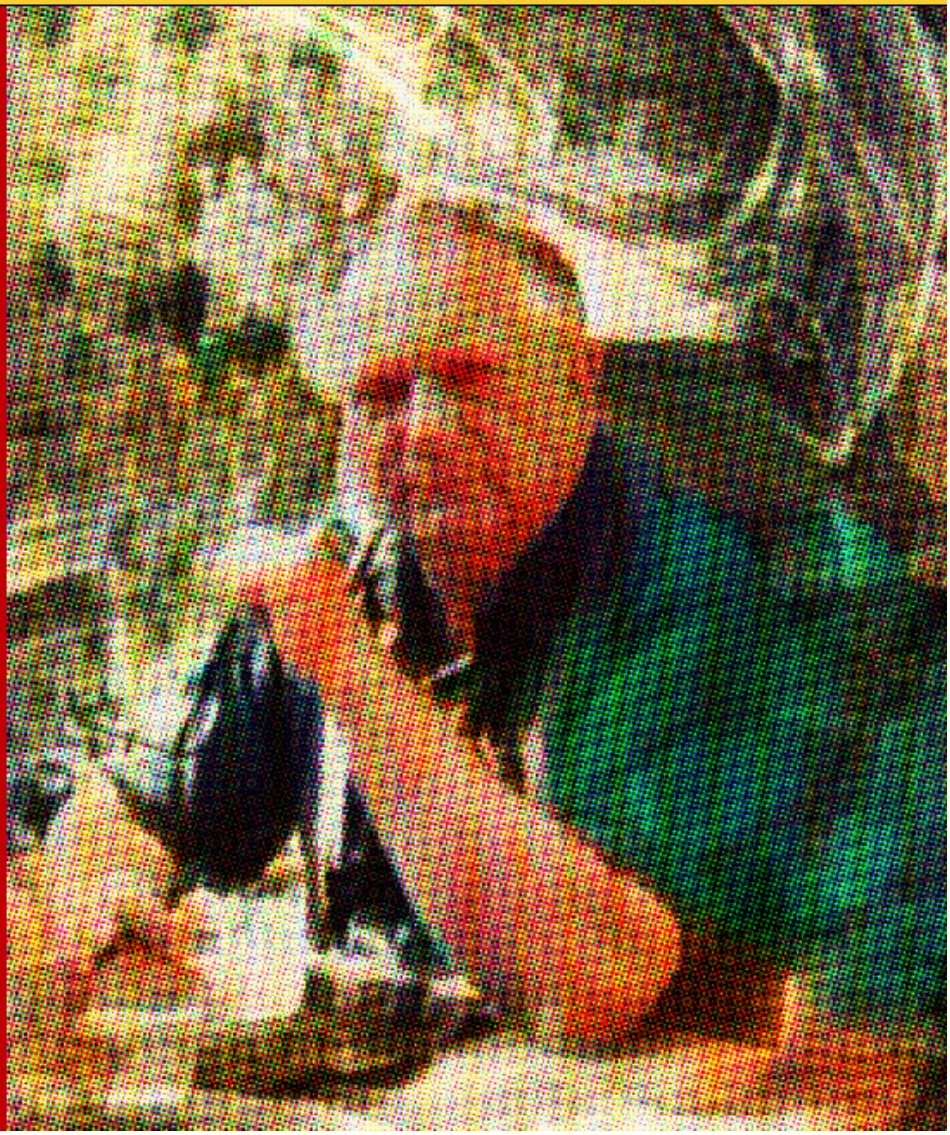
LA MARIPOSA LUNAR

jack vance



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La casa flotante fue construida de acuerdo con las normas más exigentes de la artesanía de Sirene; es decir, tan cerca de la perfección como el ojo humano podía distinguir. En la cubierta de madera oscura encerada no se veían junturas; las tablas estaban aseguradas con clavos de platino embutidos. La embarcación era maciza, amplia de manga, estable como la costa misma, y sus líneas no revelaban pesadez ni lentitud. La proa se ensanchaba como el pecho de un cisne; la alta tajamar se curvaba hacia delante para sostener un fanal de hierro. Las puertas estaban cortadas en una sola pieza de madera veteada verdinegra; las ventanas llevaban múltiples paneles de mica teñida de rosa, azul violeta y verde claro. La proa estaba destinada a finalidades prácticas y a los camarotes de los esclavos; en el centro de la embarcación había dos dormitorios, un comedor y un salón que se abría sobre la cubierta de observación situada a popa.

Se trataba de la casa flotante de Edwer Thissell, pero a su propietario no le daba placer ni orgullo. Se encontraba en un estado deplorable: las alfombras raídas, los mamparos descantillados, el fanal de proa herrumbrado. Setenta años antes el primer propietario, al recibir la embarcación, había sido honrado, y honrado su constructor, pues la transacción (un proceso que representaba mucho más que un simple dar y tomar) aumentaba el prestigio de ambos. Eso era historia antigua; ahora no se derivaba el menor prestigio de la casa flotante. Edwer Thissell, que sólo llevaba tres meses en Sirene, reconocía esa carencia, pero nada podía hacer al respecto. La embarcación fue la mejor que pudo conseguir. Se hallaba sentado en la cubierta practicando con el ganga, un instrumento del tipo de la cítara, apenas mayor que su mano. A cien metros, las olas delimitaban una franja de playa blanca; más allá se iniciaba la jungla, y en el horizonte se destacaba la silueta de unas negras sierras escarpadas. Mireille, en el cielo blanco, se veía brumoso, como a través de una tela de araña; la superficie del océano se ahuecaba y reagrupaba destellos de nácar. La escena se había hecho tan familiar

- aunque menos aburrida-como el ganga en el que había practicado, durante dos horas, escalas sirenesas, arpegios, y progresiones simples. Dejó el ganga y cogió el zachinko: una pequeña caja de resonancia, con teclas que se tocaban con la mano derecha. La presión hacía pasar el aire por lengüetas situadas en las teclas mismas, produciendo un sonido similar al de la concertina. Thissell ejecutó una docena de rápidas escalas, con muy pocos errores. De los seis instrumentos que se propuso estudiar, el zachinko le resultaba el menos difícil (a excepción, naturalmente, del hymerkin, artificio de piedra y madera que repica y castañetea y se usa exclusivamente con los esclavos).

Thissell practicó diez minutos más, y luego dejó el zachinko. Estiró los brazos y entrelazó sus dedos doloridos. Desde su llegada, había dedicado íntegramente su tiempo, cuando no dormía, al hymerkin, el ganga, el kiv, el strapan y el gomapard. Había practicado escalas en cuatro modos y diecinueve claves, innumerables acordes, intervalos jamás imaginados en los Planetas Centrales. Trinos, arpegios, ligaduras, nasalizaciones; armónicos aumentados y en sordina; vibratos y disonancia de acordes; concavidades y convexidades. Se ejercitaba con una tenacidad inquebrantable; había perdido mucho antes su idea original de la música como una fuente de placer. Thissell miró los instrumentos y refrenó la tentación de arrojar los seis al Titánico.

Se levantó, atravesó el salón y el comedor, rodeó la cocina por un pasillo y alcanzó la cubierta de proa. Se inclinó sobre la baranda y escudriñó las jaulas subacuáticas; Toby y Rex, los esclavos, enjaezaban los peces de tiro para el viaje semanal a Fan; a catorce kilómetros al norte. El pez más joven, inquieto o juguetón, brincaba y se zambullía. Su hocico negro emergió a la superficie, chorreando, y Thissell lo miró con peculiar repugnancia: ¡el pez no llevaba máscara!

Rió, incómodo, mientras tocaba su propia máscara, la Mariposa Lunar. Sin duda alguna, se estaba acostumbrando a Sirene. Había llegado a una nueva etapa si la cara descubierta de un pez le disgustaba.

Finalmente, el pez quedó sujeto. Toby y Rex treparon a bordo, con los rojos cuerpos mojados y sus rostros cubiertos por máscaras de tela negra. Ignorando a Thissell, estibaron las jaulas y levaron ancla. Los peces de arrastre se esforzaron, los arneses se estiraron y la casa flotante avanzó hacia el norte.

Thissell regresó a la cubierta posterior y cogió el strapan, una caja circular de veinte centímetros de diámetro. Cuarenta y seis cuerdas metálicas irradiaban desde un eje central hacia la periferia, donde estaban unidas a una campanilla o bien a una barra metálica. Si se punteaban las cuerdas, repiqueteaban las campanillas y vibraban las barras; si se rasgueaban se obtenía un son profundo y tintineante. Bien tocado, el strapan producía disonancias agradablemente ácidas de expresivo efecto; en manos profanas, el resultado era menos feliz y podía aproximarse al ruido aleatorio. Era el instrumento que Thissell menos dominaba, y se concentró en su práctica durante todo el viaje al norte.

A su debido tiempo, la embarcación llegó a la ciudad flotante. Se refrenó a los peces de arrastre y se amarró la casa al muelle. Una hilera de ociosos pesaba y medía cada aspecto de la casa flotante, de los esclavos y del mismo Thissell, conforme a la costumbre sirenesa. Thissell, que aún no se habituaba a esa minuciosa inspección, la encontró turbadora, sobre todo a causa de la inmovilidad de las máscaras. Preocupado por su apariencia, ajustó su propia Mariposa Lunar y trepó por la escalerilla.

Un esclavo en cuclillas se irguió, se tocó la frente enmascarada por un trapo negro con los nudillos y canturreó una frase interrogante en tres tonos:

- ¿Acaso la Mariposa Lunar que contemplo, expresa la identidad de Ser Edwer Thissell?

Thissell golpeteó el hymerkin que llevaba pendiente del cinturón y cantó:

- Soy Ser Thissell.

- He sido honrado con una misión - cantó el esclavo-. Aguardé en el muelle tres días del alba al poniente; del poniente al alba me tendí en una balsa bajo el embarcadero oyendo los pasos de los Hombres de la Noche. Por fin he visto la máscara de Ser Thissell.

Thissell arrancó al hymerkin un sonsonete impaciente.

- ¿Cuál es la naturaleza de tu misión?

- Traigo un mensaje, Ser Thissell.

El nombrado extendió su mano izquierda, mientras tocaba el hymerkin con la derecha.

- Dame el mensaje.

- Inmediatamente, Ser Thissell.

En el sobre podía leerse lo siguiente:

¡COMUNICADO DE EMERGENCIA! ¡URGENTE!

Thissell rasgó el sobre, abriéndolo. El mensaje estaba firmado por Castel Cromartin, director ejecutivo de la Junta Intermundial de Policía, y, después del ceremonioso saludo, decía:

«Las siguientes órdenes deben ejecutarse con la máxima diligencia. El notorio asesino Haxo Angmark viaja a bordo del Carina Cruzeiro rumbo a Fan. Fecha de llegada, 10 de enero T.U. Con las fuerzas adecuadas, arreste y encarcele a ese hombre al desembarcar. Esta orden debe ser realizada con éxito; todo fracaso se considerará inaceptable.

»¡ATENCIÓN! Haxo Angmark es peligroso en grado sumo. Debe matarle ante la menor muestra de resistencia.»

Thissell estudió el mensaje, consternado. No esperaba nada similar al venir como representante consular a Fan; no tenía competencia ni vocación para la captura de asesinos peligrosos. Meditativamente, se rascó la velluda mejilla gris de la máscara. La situación no era totalmente desesperada; sin duda Esteban Rolver, director del espaciopuerto, cooperaría; y quizá le suministrara un pelotón de esclavos.

Thissell releyó el texto, con más esperanzas. Día 10 de enero, Tiempo Universal... Consultó un calendario de conversión. Hoy era 40 de la Estación del Néctar Amargo... Thissell recorrió la columna con el dedo y se detuvo. 10 de enero. Precisamente el día de hoy.

Un murmullo lejano atrajo su atención. Una sombra oscura emergía de la niebla: el transporte de desembarco regresaba del Carina Cruzeiro.

Thissell leyó una vez más la nota, alzó la cabeza y miró la barca aérea. En ella debía venir Haxo Angmark. En cinco minutos éste pisaría el suelo de Sirene. Las formalidades de desembarco lo retendrían quizás veinte minutos. El campo de aterrizaje se encontraba a dos kilómetros de Fan, por un camino que serpenteaba entre las colinas.

Thissell se volvió al esclavo:

- ¿Cuándo llegó este mensaje?

El hombre se inclinó hacia delante, sin comprender. Thissell reiteró la pregunta cantando, al ritmo del hymerkin:

- El mensaje. ¿Cuánto tiempo has gozado del honor de custodiarlo?

El esclavo cantó:

- He aguardado largos días en el muelle, retirándome a la balsa sólo al caer la noche. Mi espera ha sido recompensada; he visto a Ser Thissell.

Thissell se volvió y caminó furioso por el muelle. ¡Torpes e ineficaces sireneses! ¿Por qué no le habían llevado el mensaje a la casa flotante? Sólo quedaban veinticinco minutos... veintidós para ser exactos.

Thissell se detuvo en la explanada, mirando a derecha e izquierda, esperando un milagro; algún tipo de transporte aéreo que lo llevara al espaciopuerto, donde, con la ayuda de Rolver, aún sería posible detener a Haxo Angmark. O mejor aún, un segundo mensaje que cancelara el primero. Algo, cualquier cosa... Pero no había taxis aéreos en Sirene, y no llegó un segundo mensaje.

Al otro lado de la explanada se alzaba una hilera de construcciones permanentes de hierro y piedra, y por tanto inmunes al ataque de los Hombres de la Noche. Una de ellas era una caballeriza; y mientras Thissell miraba, vio salir a un hombre con una espléndida máscara de perlas y plata jineteando una de las criaturas similares a lagartos de Sirene.

Ante los establos, el caballerizo examinaba solícito a sus animales; de vez en cuando pulía una escama o ahuyentaba un insecto. Había cinco bestias en excelentes condiciones, casi tan altas como un hombre, con sólidas patas, gruesos cuerpos y pesadas cabezas triangulares. De las patas delanteras, artificialmente alargadas y curvadas hasta convertirse casi en círculos, pendían anillos de oro. Sus escamas habían sido pintadas con arabescos: verde y púrpura, naranja y negro, azul y rojo, rosa y castaño, amarillo y plata.

Thissell se detuvo, sin aliento, ante el caballerizo. Buscó su kiv(1), pero vaciló. ¿Podía considerarse que éste era un encuentro personal casual? ¿Sería más conveniente el zachinko? Sin embargo, la explicación de sus necesidades no parecía exigir un planteamiento formal. Mejor era el kiv. Tocó un acorde, y descubrió que, por error, había cogido su ganga. Thissell sonrió pidiendo excusas debajo de la máscara. Su relación con el caballerizo no era de ningún modo íntima. Esperaba que el hombre tuviera un temperamento dinámico, y de cualquier modo la urgencia de la situación no le dejaba tiempo para elegir el instrumento apropiado. Tocó un segundo acorde, con tanta precisión como se lo permitían su desasosiego y su falta de aliento y habilidad y entonó:

- Ser Caballerizo, necesito una cabalgadura rápida. Permítame elegir una.

El caballerizo usaba una máscara de considerable complejidad que Thissell no pudo identificar. Estaba hecha de tela marrón brillante y piel gris tableada, y llevaba en la frente dos enormes globos de color rojo y verde, multifacetados, como ojos de insecto. Estudió largamente a Thissell y después de elegir con toda deliberación su stimic(2), ejecutó una brillante progresión de trinos y rondas cuyo sentido Thissell no pudo interpretar. El caballerizo cantó:

- Ser Mariposa Lunar, temo que mis animales sean inadecuados para una persona tan distinguida.

- Thissell rasgueó su ganga con sinceridad:

- De ningún modo; todos me parecen adecuados. Tengo mucha prisa y gustosamente aceptaré cualquiera.

El caballerizo tocó un ágil e impetuoso crescendo.

-Ser Mariposa Lunar, las cabalgaduras están sucias y enfermas. Me halaga que las considere dignas; pero no puedo aceptar el honor que me ofrece -cambió de instrumento y arrancó una fría vibración de su krodatch(3)- y por alguna razón no he logrado reconocer al buen compañero y hermano artesano que me aborda tan familiarmente con su ganga.

La implicación era obvia: Thissell no recibiría una cabalgadura. Se volvió y echó a correr hacia el campo de aterrizaje. A sus espaldas repiqueteó el hymerkin del caballerizo, dirigiéndose a sus esclavos o quizás al mismo Thissell. Éste no se detuvo para averiguarlo.

El anterior representante consular de los Planetas Centrales en Sirene había sido asesinado en Zundar. Enmascarado como un Bravo de Taberna, abordó a una muchacha con las cintas de las Actitudes Equinocciales; ese despropósito hizo que fuera decapitado al instante por un Demiurgo Rojo, un Hada del Sol y una Avispa Mágica. Edwer Thissell, recientemente graduado, fue designado su sucesor. Se le concedieron tres días para prepararse. Como poseía un carácter contemplativo y hasta cauteloso, Thissell consideró que el nombramiento era un desafío. Aprendió el lenguaje sirenés con técnicas subcerebrales y no lo encontró complicado. Posteriormente en el Diario de Antropología Universal, leyó lo siguiente:

«La población del litoral Titánico es muy individualista, quizás a causa del generoso entorno que no recompensa especialmente las actividades en grupo. El lenguaje refleja esa característica, y expresa el estado de ánimo del individuo y su actitud emocional con respecto a una situación dada. La información real es considerada como secundaria. Además, dicho lenguaje es cantado, normalmente con el acompañamiento de pequeños instrumentos. La consecuencia es que resulta muy difícil la determinación de los hechos en el caso de los nativos de Fan o de la ciudad prohibida de Zundar, quienes nos obsequiarán en cambio con elegantes arias o con demostraciones de sorprendente virtuosismo en uno u otro de sus numerosos instrumentos. El visitante de este fascinante mundo - si no desea ser tratado con el más tremendo desdén- debe aprender por lo tanto a expresarse según las formas locales establecidas.»

Thissell hizo una anotación en su agenda: «Buscar pequeños instrumentos musicales, así como instrucciones para utilizarlos». Luego continuó leyendo:

«En todas las regiones y en cualquier época del año los alimentos son abundantes, por no decir superfluos, y el clima benigno. La población, que posee gran reserva de energía racial y tiempo libre, se ocupa sobre todo de la sofisticación. Sofisticación en todas las cosas: artesanía sofisticada, como la que se ve en los paneles labrados que adornan las casas flotantes; símbolos sofisticados, como las máscaras que todos usan; el intrincado lenguaje semimusical que expresa admirablemente sutiles emociones y estados de ánimo, y sobre todo la fantástica sofisticación de las relaciones interpersonales. Prestigio, apariencia, mana, gloria, fama: todo eso se resume en la palabra sirenesa strakh.

Todo hombre posee su strakh particular, el cual determina si, cuando necesite una casa flotante, sería inducido a procurarse un palacio adornado con piedras preciosas, linternas de alabastro, preciosas mayólicas y maderas labradas, o si por el contrario se le permitirá de mala gana alojarse en una choza sobre una balsa. No hay en Sirene medios de intercambio: la única moneda corriente es el strakh...»

Thissell se frotó el mentón y siguió leyendo:

«Las máscaras se usan en todo momento, en consonancia con la filosofía según la cual uno no debe ser obligado a mostrar una imagen que le es impuesta por factores que escapan a su control, sino que debe gozar de libertad para elegir el aspecto exterior más acorde con su

propio strakh. En el área civilizada de Sirene - lo que equivale a decir en el litoral Titánico- nadie muestra su rostro bajo ninguna circunstancia; eso constituye el secreto básico de cada cual.

»Por el mismo motivo, no se conoce el juego en Sirene; para la dignidad de un sirenés, sería catastrófico aventajar a otros valiéndose de otros recursos que no fuesen el ejercicio de su strakh. La palabra "suerte", no tiene equivalente en lengua sirenesa.»

Thissell hizo otra anotación: «Conseguir máscara. ¿Museo? ¿Asociación teatral?»

Concluyó la lectura, se apresuró a completar sus preparativos y al día siguiente embarcó en el Robert Astroguard para la primera etapa del viaje a Sirene.

El transbordador se posó sobre el espaciopuerto sirenés, un disco topacio aislado entre las sierras negras, verdes y purpúreas. Edwer Thissell descendió y fue recibido por Esteban Rolver, el agente local de Spaceways, quien de inmediato alzó las manos y retrocedió un paso.

- Su máscara - exclamó con voz ronca- ¿Dónde está su máscara?

Thissell la alzó, con cierta preocupación.

- No estaba seguro... - comenzó.

- ¡Póngasela! - dijo Rolver, mientras se apartaba.

Él llevaba una de madera lacada de color azul, con escamas verde oscuro, unas plumas negras que brotaban de las mejillas y un pompón cuadriculado, blanco y negro, debajo del mentón. El efecto general era el de una personalidad flexible y sardónica.

Thissell ajustó su máscara, indeciso entre hacer una broma acerca de la situación

o mantener la reserva apropiada a la dignidad de su cargo.

- ¿Ya está enmascarado? - preguntó Rolver.

Thissell respondió afirmativamente y Rolver se volvió hacia él. La máscara ocultaba su expresión, pero su mano se deslizó de modo inconsciente hacia un instrumento con teclas que llevaba atado al muslo, del que brotó un trino de asombro y de cortés consternación.

- No puede usar esa máscara - cantó- . ¿Dónde la consiguió?

-Es una copia de otra que se encuentra en el museo de Polípolis - declaró Thissell secamente- . Estoy seguro que es auténtica.

Rolver asintió. Su máscara parecía más sardónica que nunca.

-Ya lo creo que sí. Es una variante del tipo conocido como Conquistador del Dragón Marino, y la usan en ocasiones ceremoniales personas de inmenso prestigio: príncipes, héroes, maestros artesanos y grandes músicos.

- Lo ignoraba...

Rolver hizo un lánguido gesto de comprensión.

- Aprenderá esas cosas a su tiempo. Observe mi máscara. Hoy utilizo una de Pájaro del Lago. Las personas de escaso prestigio, como usted, como yo, o como cualquier otro forastero, usan este tipo de máscara.

-Es curioso -dijo Thissell, mientras comenzaba a caminar hacia un edificio bajo de cemento- . Yo creía que cada persona usaba la máscara que le agradaba.

-Puede llevar la máscara que le agrade, si se atiene usted a las consecuencias. Por ejemplo, la mía indica que yo no presumo de nada, que no destaco por mi sabiduría, ferocidad, versatilidad, genio musical, truculencia, ni por ninguna otra docena de virtudes sirenesas.

- Por pura curiosidad, ¿qué ocurriría si yo anduviera con esta máscara por las calles de Zundar?

Rolver se echó a reír, aunque su risa sonaba amortiguada.

-Si anduviese usted por los muelles de Zundar, ya que no hay calles, con ésa o con cualquier otra, lo matarían antes de una hora. Eso fue lo que le ocurrió a Benko, su predecesor. No sabía cómo actuar. Ninguno de nosotros, los forasteros, sabe cómo actuar en este lugar. En Fan somos tolerados siempre que nos mantengamos en nuestro lugar. Pero con esa máscara ni siquiera podría pasearse por Fan. Alguien que llevara la Serpiente de Fuego o

un Duende del Trueno, me refiero a las máscaras, desde luego, le cortaría el paso. Tocaría luego el krodatch; y si usted no desafiaba su osadía con una frase de skaranyi(4), un instrumento verdaderamente diabólico, continuaría con el hymerkin, que se usa para hablar con los esclavos. Ésa es la expresión insultante por excelencia. O también podría tañer su gong de duelos y atacarle de inmediato.

- No tenía idea que los sireneses fueran tan irascibles - repuso Thissell en voz baja.

Rolver se encogió de hombros y abrió la maciza puerta de acero de su despacho.

- También pueden cometerse acciones dudosas, sin provocar críticas, en la junta de Polípolis.

- Sí, es verdad - reconoció Thissell, mientras examinaba el despacho-. ¿Por qué tanta seguridad: cemento, acero... ?

-Protección contra los salvajes. De noche bajan de las montañas, roban lo que encuentran y matan a cualquiera que vean al descubierto. - Se acercó a un armario y sacó de él una máscara- . Use esta Mariposa Lunar. No le meterá en líos.

Thissell la miró sin entusiasmo. Estaba hecha de piel grisácea; tenía un mechón de pelo a cada lado de la boca y dos antenas como plumas en la frente. Unos volantes de encaje blanco sobre las sienes y una serie de pliegues rojizos debajo de los ojos le daban un efecto a la vez cómico y lúgubre.

Thissell preguntó:

- ¿Esta máscara supone algún grado de prestigio?

- Pues... no mucho.

-Después de todo, soy el representante consular de los Planetas Centrales y de cien mil millones de personas...

-Si los Planetas Centrales desean que su representante use una máscara de Conquistador del Dragón Marino, deberían enviar a un hombre adecuado como Conquistador del Dragón Marino.

- Comprendo - dijo Thissell, sumiso- . Bien, si es indispensable...

Rolver desvió la mirada mientras Thissell se quitaba la máscara de Conquistador del Dragón Marino y se ponía la menos llamativa de Mariposa Lunar.

-Supongo que podré encontrar algo más apropiado en alguna tienda. Si he comprendido bien, basta entrar y elegir lo que uno necesita, ¿no?

Rolver contempló de modo crítico a Thissell.

-Esa máscara, al menos por el momento, es perfectamente apropiada. Y es de suma importancia no coger nada en la tienda cuando no se conoce su valor strakh. El propietario pierde prestigio si una persona de bajo strakh se lleva su mejor trabajo.

Thissell movió la cabeza, exasperado.

- No me explicaron nada de eso. Estaba enterado de lo de las máscaras, desde luego, y de la concienzuda integridad de los artesanos, pero esa insistencia en el prestigio y el strakh...

-No tiene importancia. Dentro de uno o dos años empezará a saber comportarse. ¿Habla el idioma?

- Sí, por supuesto.

- ¿Y qué instrumentos toca?

-Bueno... Me indicaron que cualquier instrumento pequeño era suficiente, o que podía limitarme a cantar.

-Nada de eso. Sólo los esclavos cantan sin acompañamiento. Le sugiero que aprenda a ejecutar lo antes posible los siguientes instrumentos: el hymerkin, para los esclavos; el ganga, para una conversación con personas que se conocen íntimamente o que son algo inferiores en strakh. El kiv para un casual intercambio cortés. El zachinko para una relación de mayor formalidad. El strapan o el krodatch, si se dirige a alguien socialmente inferior o, en su caso particular, si desea insultar a alguien. El gomapard(5) o el kamanthil doble(6) para las ceremonias. - Meditó un instante y continuó- . El crebarin, el slobo y el laúd de agua también

son muy útiles..., pero quizá sea más conveniente que aprenda los otros antes. Al menos dispondrá de un medio rudimentario de comunicación.

- ¿No exagera usted? -insinuó Thissell- . ¿O está bromeando?

Rolver dejó escapar su risa melancólica.

-De ninguna manera. De todos modos, lo primero que necesita es una casa flotante. Y luego, esclavos.

Rolver condujo a Thissell desde el campo de aterrizaje hasta los muelles de Fan. Un agradable paseo de hora y media por un sendero bordeado de enormes árboles cargados de fruta, vainas de cereal y cápsulas de savia azucarada.

-En este momento - dijo Rolver- sólo hay cuatro forasteros en Fan, contándole a usted. Lo llevaré a ver a Welibus, nuestro agente comercial... Creo que tiene una casa flotante vieja y quizás le permita usarla.

Cornely Welibus vivía desde hace unos quince años en Fan, adquiriendo suficiente strakh para llevar con todo derecho su máscara de Viento del Sur. Ésta consistía en un disco azul incrustado de lapizlázuli y rodeado por una aureola de brillante piel de víbora. Más directo y cordial que Rolver, no sólo le dio a Thissell su casa flotante, sino también un par de esclavos y una veintena de instrumentos musicales diferentes.

Turbado por su generosidad, Thissell balbuceó algo acerca de pagar, pero Welibus le interrumpió con un gesto amplio:

- Querido amigo, aquí estas minucias no valen nada.

- Pero una casa flotante...

Welibus ejecutó en su kiv un refinado floreo.

- Debo ser sincero, Ser Thissell. La embarcación es antigua y está algo deteriorada; yo no puedo permitirme usarla. Mi prestigio se resentiría. - Una graciosa melodía acompañaba sus palabras- . Usted aún no necesita preocuparse por su prestigio; lo que le hace falta es una casa, comodidad, y estar a salvo de los Hombres de la Noche.

- ¿Los Hombres de la Noche?

- Los caníbales que vagan por la costa después de oscurecer.

- Ah, sí. Ser Rolver me habló de ellos.

- Cosas horribles. No los mencionemos ahora.

Un breve y estremecedor trémolo brotó de su kiv.

-En cuanto a los esclavos - golpeó con el dedo índice el disco azul de su máscara- . Rex y Toby le servirán bien. - Alzó la voz y se acompañó de un rápido golpeteo en su hymerkin- . ¡Avan esx trobu!

Apareció una esclava vestida con una docena de ajustadas cintas de tela rosada y una elegante máscara negra adornada con placas circulares de nácar.

-Fascu etz Rex ae Toby.

Aparecieron luego los nombrados, con ligeras máscaras de tela negra y chalecos de piel. Welibus se dirigió a ellos con un sonoro repique, informándoles que debían servir a un nuevo amo, so pena de retornar a sus islas nativas. Ambos, postrados, entonaron su promesa de servir a Ser Thissell con suaves voces graves. Thissell, nervioso, intentó una frase en sirenés.

- Id a la casa flotante, limpiadla bien, llevad comida.

Toby y Rex miraron inmóviles a través de los agujeros de sus máscaras. Welibus repitió las órdenes con acompañamiento de hymerkin. Los esclavos se inclinaron y salieron.

Thissell contemplaba con angustia los instrumentos.

- No sé cómo aprender a usar esas cosas. Welibus se volvió a Rolver.

- ¿Y Kershaul? ¿No podríamos pedirle que diera alguna instrucción básica a Ser Thissell?

Rolver asintió con prudencia.

- Quizá lo hiciera. Thissell preguntó:

- ¿Quién es Kershaul?

-El tercer miembro de nuestro pequeño grupo de expatriados - respondió Welibus- . Un antropólogo. ¿No ha leído usted Zundar la maravillosa? ¿Rituales de Sirene? ¿El pueblo sin rostro? ¿No? Es una pena. Todas son obras excelentes. Kershaul posee un gran prestigio, y según creo visita Zundar de vez en cuando. Usa un Búho de las Cavernas, y en ocasiones un Vagabundo Estelar y hasta un Árbitro Sabio.

- Ahora lleva la Serpiente Ecuatorial - agregó Rolver- . El modelo de colmillos dorados.

-¿De veras? -respondió Welibus, con asombro- . Pues bien, se lo merece. Es una persona espléndida, y un buen amigo.

Y luego desgranó un pensativo acorde en su zachinko

Pasaron tres meses, Thissell, instruido por Matthew Kershaul, practicaba el uso del hymerkin, el ganga, el strapan, el kiv, el gomapard y el zachinko. Según Kershaul, el kamanthil doble, el krodatch, el slobo, el laúd de agua y muchos otros podían esperar hasta que Thissell dominara los seis instrumentos básicos. Le prestó registros de famosas conversaciones sirenesas en varias modalidades y acompañamientos, para que Thissell pudiera aprender las convenciones melódicas en boga y perfeccionarse en las sutilezas de la entonación y los diversos ritmos, cruzados, compuestos, implícitos y omitidos. Kershaul sostenía que la música sirenesa constituía un tema fascinante, y Thissell se vio obligado a reconocer que por lo menos era inagotable. Los instrumentos, afinados en cuartos de tono, admitían el uso de veinticuatro tonos; éstos, multiplicados por los cinco modos de empleo general, proporcionaban ciento veinte escalas diferentes. Sin embargo, Kershaul le aconsejó que se concentrase primero en aprender la tonalidad fundamental de cada instrumento en sólo dos modos.

Como no tenía nada urgente que hacer en Fan excepto visitar una vez por semana a Mathew Kershaul, Thissell llevó su casa flotante catorce kilómetros al sur, a sotavento de un promontorio rocoso. Thissell, aparte de sus incesantes estudios, llevaba una vida idílica. El mar era sereno y cristalino; la playa, enmarcada por el follaje verde, gris y rojizo de la selva, se hallaba cerca cuando deseaba estirar las piernas.

Toby y Rex ocupaban dos cubículos de proa; él usaba las cabinas de la parte posterior. De vez en cuando jugaba con la idea de un esclavo más, quizás una muchacha joven, para agregar un elemento alegre y encantador a la familia; pero Kershaul se había mostrado dubitativo, temiendo que de algún modo eso disminuyera la intensidad de su concentración. Thissell estuvo de acuerdo y se consagró al estudio de los seis instrumentos.

Los días se sucedían con rapidez. Thissell no se cansaba nunca del amanecer y del ocaso, de las nubes blancas y el mar azul del mediodía, del cielo nocturno en que fulguraban las veintinueve estrellas del Racimo Globular SI 1-715. El viaje semanal a Fan rompía la rutina. Toby y Rex recolectaban alimentos; Thissell se procuraba instrucción y consejos en la fastuosa casa flotante de Mathew Kershaul.

Pero tres meses después de su llegada, un mensaje desorganizaba por completo su existencia. Haxo Angmark, agente provocador, hábil y despiadado asesino, había llegado a Sirene. «¡Arreste y encarcele a ese hombre», decían las órdenes. «Haxo Angmark es peligroso en grado sumo. Debe matarle sin vacilar ante la menor muestra de resistencia.»

Thissell no estaba por cierto en su mejor forma. Trotó cincuenta metros, empezó a jadear y continuó andando a través de las sierras bajas coronadas de negros helechos y cañas color claro, de las praderas donde amarilleaba la falsa nuez, de los huertos y los viñedos. Pasaron veinte minutos, y veinticinco, y Thissell, con una sensación de peso en el estómago, supo que era demasiado tarde. Haxo Angmark ya debía haber desembarcado, y quizá recorría en sentido inverso ese mismo camino. Pero Thissell sólo encontró cuatro personas: un muchacho con una máscara burlonamente agresiva de Isleño de Alk; dos chicas con el Ave Roja y el Ave Verde; un hombre con el Duende del Bosque. Al acercarse a ese hombre, Thissell se detuvo en seco. ¿Se trataba acaso de Angmark?

Ensayó una estratagema. Le hizo frente, contempló su repugnante máscara y dijo en el idioma de los Planetas Centrales:

- ¡Angmark! ¡Queda arrestado! El Duende del Bosque le miró sin comprender, y siguió caminando por el sendero. Thissell se interpuso en su camino. Buscó su ganga, recordó la reacción previa del caballerizo, y arrancó un acorde del zachinko.

- Usted viene del espaciopuerto - cantó- . ¿Qué ha visto allí?

El Duende del Bosque cogió su clarín de mano - un instrumento utilizado para escarnecer al adversario en el campo de batalla, para reunir los rebaños y, eventualmente, para demostrar una instantánea ferocidad- y repuso:

-De dónde vengo y qué he visto, son cosas que sólo a mí me conciernen. Apártese o le pisaré la cara.

Avanzó, y si Thissell no se hubiese apartado, el Duende del Bosque hubiera sido muy capaz de cumplir su amenaza.

Thissell se quedó mirando la espalda que se alejaba. ¿Angmark? No era probable que tocara con tal perfección el clarín de mano. El representante consular vaciló, se volvió y continuó su camino.

Al llegar al espaciopuerto, fue directamente al despacho. La pesada puerta estaba abierta de par en par. Cuando Thissell se acercó, apareció un hombre, con una máscara de escamas verde oscura, placas de mica, madera pintada de azul y plumas negras: el Pájaro del Lago.

- Ser Rolver - dijo ansioso Thissell- , ¿quién llegó en el Carina Cruzeiro? Rolver miró con detenimiento a Thissell.

- ¿Por qué me lo pregunta?

-¿Por qué? Usted debe haber visto el espaciograma de Castel Cromartin que he recibido.

- Ah, sí..., desde luego.

-Me lo entregaron hace apenas media hora - dijo con amargura Thissell- . He venido lo más aprisa que he podido. ¿Dónde está Angmark?

- Supongo que en Fan. Thissell maldijo en voz baja.

- ¿Por qué no le ha detenido o le ha entretenido de algún modo? Rolver se encogió de hombros.

- Porque no tenía autoridad, deseo ni capacidad para hacerlo. Thissell luchó contra su fastidio. Con voz deliberadamente serena agregó:

- Me encontré en el camino con un hombre que llevaba una máscara horrenda: ojos como platos, y barbas rojas.

- Un Duende del Bosque. Angmark llevaba consigo una máscara así.

- Pero si tocaba el clarín de mano - protestó Thissell- . ¿Cómo podía ser Angmark?

- Conoce bien Sirene; ha vivido cinco años aquí, en Fan.

- Cromartin no dice nada de eso - gruñó Thissell, molesto.

- Todo el mundo lo sabe. Era representante comercial antes de Welibus.

- ¿Welibus y él se conocen?

Rolver se rió.

-Naturalmente. Pero no vaya a imaginar que el pobre Welibus es culpable de otra cosa que no sea falsear sus libros; le aseguro que no es cómplice de ningún asesino.

- Hablando de asesinos, ¿podría prestarme un arma? Rolver le miró, incrédulo.

- ¿Ha venido a capturar a Angmark con las manos desnudas?

- No tenía otra opción. Cuando Cromartin da una orden espera resultados. Y de todos modos, aquí estaba usted con sus esclavos.

-No cuente conmigo para nada - repuso con impertinencia Rolver- . Llevo el Pájaro del Lago y no pretendo tener valor. Pero puedo prestarle una pistola de energía. Hace tiempo que no la uso, y no puedo garantizar su carga.

- Es mejor que nada. Rolver entró en su despacho y regresó con el arma.

- Y ahora, ¿qué piensa hacer? Thissell movió la cabeza con fastidio.

- Trataré de encontrar a Angmark en Fan. ¿O puede que se dirija a Zundar? Rolver reflexionó. -Angmark podría sobrevivir en Zundar. Pero antes deberá poner a punto sus dotes musicales. Me figuro que se quedará unos días en Fan.

- ¿Y cómo puedo encontrarle? ¿Dónde debo buscar?

-Eso no se lo puedo decir. Quizá sea más seguro que no le encuentre. Angmark es un hombre peligroso.

Thissell regresó a Fan por el mismo camino que había llegado.

Allí donde el sendero salía de las colinas a la llanura, se elevaba un edificio de gruesas paredes de adobe, pisé de terre. La puerta era una sólida plancha de madera negra de una sola pieza; las ventanas estaban protegidas por una reja de hierro. Era el despacho de Cornely Welibus, agente comercial, importador y exportador. Thissell halló a Welibus cómodamente instalado en la galería embaldosada, con una modesta adaptación de la máscara Waldemar. Parecía sumido en sus pensamientos, o quizá no reconoció la Mariposa Lunar de Thissell. Fuera como fuese, no dio ninguna señal de bienvenida.

Thissell se aproximó.

- Buenos días, Ser Welibus.